



Bonano, Mariana. "Crónica y testimonio de la guerrilla desde la perspectiva de género en *38 estrellas*. *La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia de Josefina Licitra*". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2020, vol. 9, n° 20, pp. 38-45.

Crónica y testimonio de la guerrilla desde la perspectiva de género en *38 estrellas* *La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia* de Josefina Licitra¹

Chronicle and guerrilla's testimony from a gender perspective in *38 estrellas*
La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia by Josefina Licitra

Mariana Bonano²

Recibido: 07/10/2020
Aceptado: 22/10/2020
Publicado: 09/11/2020

Resumen

En el amplio panorama del periodismo narrativo actual, se distingue la emergencia de voces femeninas que apelan al testimonio y a un tono confesional y personalista subsidiario de la corriente de mujeres periodistas que participaron hacia mediados del siglo XX del Nuevo Periodismo norteamericano y también, desde el otro lado del océano, de experiencias periodísticas europeas (Angulo Egea). Heredado de las biografías, memorias, diarios y literatura de viajes decimonónica, ese "tono personalista" se concretó, de acuerdo con Angulo Egea, "en un yo femenino, reivindicativo y crítico que se nutría también en parte de las posturas feministas imperantes a principios del siglo XX en los Estados Unidos" (163). La crónica sobre la fuga de la cárcel de las presas políticas tupamaras en 1971, construida por Josefina Licitra en *38 estrellas* (2018), puede ser interpelada a la luz de esta

Abstract

In the broad scene of current Narrative Journalism, it's a fact the emergence of female voices that appeal to testimony and to a confessional and personalist tone subsidiary of the trend of female journalists who participated in the mid-20th century of the New North American Journalism and also, from the other side of the ocean, from European journalistic experiences (Angulo Egea). Inherited from nineteenth-century biographies, memoirs, diaries and travel literature, that "personalist tone" was specified, according to Angulo Egea, "en un yo femenino, reivindicativo y crítico que se nutría también en parte de las posturas feministas imperantes a principios del siglo XX en los Estados Unidos" (163). The chronicle on the escape from the prison of the Tupamaras political prisoners in 1971, built by Josefina Licitra in *38 estrellas* (2018), can be questioned in the light of this trend. As the author

¹ La primera versión de este trabajo fue presentada en el Encuentro Internacional *De crónicas y ciudades. La tibia garra testimonial 2*, llevado a cabo en octubre de 2019 en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta.

² Doctora en Letras (Orientación Literatura) por la Universidad Nacional de Tucumán, donde se desempeña como Profesora Adjunta Regular en "Periodismo" y "Seminario de Trabajo Final". Investigadora Adjunta del CONICET-INVELEC (Instituto de Investigaciones sobre el Lenguaje y la Cultura). Contacto: marbonano593@gmail.com



tendencia. Como la autora misma advierte, el relato de *38 estrellas* no sólo intenta interpretar un momento histórico de la política latinoamericana, sino también el lugar que tienen las mujeres en la sociedad. Con vistas en este postulado, la presente propuesta aspira a examinar la crónica de Licitra atendiendo al estatus del género en tanto cuestionador de lo *real instituido* y a su potencia para desarmar los relatos hegemónicos de la guerrilla armada.

Palabras clave

Crónica y mirada femenina; perspectiva de género; deconstrucción de discursos hegemónicos.

herself notes, the story of *38 estrellas* not only tries to interpret a historical moment of Latin American politics, but also the place that women have in society. With a view to this postulate, this proposal aims to examine Licitra's chronicle, taking into account the status of gender as a questioner of the established reality and its power to disarm the hegemonic narratives of the armed guerrillas.

Keywords

Chronicle and female gaze; gender perspective; deconstruction of hegemonic discourses.

En el amplio panorama del periodismo narrativo actual, se distingue la emergencia de voces femeninas que apelan al testimonio y a un tono confesional y personalista subsidiario de la corriente de mujeres periodistas que participaron hacia mediados del siglo XX del Nuevo Periodismo norteamericano y también, desde el otro lado del océano, de experiencias periodísticas europeas (Angulo Egea). Heredado de las biografías, memorias, diarios y literatura de viajes decimonónica, ese “tono personalista” se concretó, de acuerdo con María Angulo Egea, “en un yo femenino, reivindicativo y crítico que se nutría también en parte de las posturas feministas imperantes a principios del siglo XX en los Estados Unidos” (163). La crónica sobre la fuga de la cárcel de las presas políticas tupamaras en 1971, construida por Josefina Licitra en *38 estrellas* (2018), puede ser interpelada a la luz de esta tendencia. Como la propia Licitra advierte, el relato de *38 estrellas* no sólo intenta interpretar un momento histórico de la política latinoamericana, sino también el lugar que tienen las mujeres en la sociedad y más particularmente, en la estructura militarizada de la guerrilla armada tupamara.

Concebido por la cronista como un episodio invisibilizado en el análisis histórico y sociológico de la militancia armada uruguaya, la narración tramada en la obra se teje a partir de los testimonios ofrecidos por las tupamaras que protagonizaron la fuga, transcurridos algo más de cuarenta años del momento del hecho. La decisión de hablar acerca de la experiencia de la militancia por parte de las entrevistadas establece la condición de posibilidad de realización de la crónica. Planteado en estos términos, el discurso argumental objeta un significante de sentido erigido a lo largo de los años según el cual las mujeres de la guerrilla se negaban a hablar. Si no existe un relato femenino de la militancia tupamara, esto es así no porque las protagonistas se hayan opuesto a testimoniar, sino, advierte la narradora, porque nadie se interesó por preguntarles. De modo semejante a lo que ocurre con otros movimientos armados de Latinoamérica, la historia de la guerrilla uruguaya se construyó sobre una épica predominantemente masculina.³ Esto es lo que el relato de Licitra viene a denunciar con el fin

³ Respecto de la posición de las mujeres en las guerrillas latinoamericanas, el estudio de María Eugenia Ibarra Melo acerca de las transformaciones identitarias de las guerrilleras colombianas resulta esclarecedor. Al respecto, Ibarra Melo advierte: “el proceso de convertirse en actrices políticas ha sido complejo, pues las representaciones sociales tradicionales no aceptan a las mujeres como combatientes, pero tampoco como negociadoras y garantes de la paz. Su trasgresión de género, es decir, la irrupción en un espacio de predominio masculino, como la guerra, ha invalidado su participación social y política. Consecuencia de ello ha sido su invisibilidad como sujetos políticos en los análisis históricos, antropológicos, sociológicos y politológicos de la guerra como actividad permanente de la sociedad” (68).

de disputar un lugar de actrices políticas para las mujeres tupamaras que hasta el presente continuaron siendo “una incógnita”. Ello activa justamente el interrogante acerca de “la vida de los otros” (Licitra 187),⁴ en este caso, acerca de las trayectorias vitales de las por entonces presas políticas organizadoras de la “Operación Estrella”, como se denominó la fuga de la cárcel de Cabildo.

Las subjetividades femeninas emergen en el relato de *38 estrellas* mediante la construcción de retratos de mujeres que procuran no tanto instaurar una única verdad, sino problematizar la versión instituida por las figuras masculinas del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) Tupamaro, instituyente a la vez de una épica heroica que ayudó a construir un mito dentro de la izquierda latinoamericana: “Los tupamaros no solo quieren tomar el poder a través de la acción armada (...) sino que persiguen su objetivo mediante procedimientos de gran nivel de cálculo, creatividad y osadía” (18). Orientada a desmontar *lo real* instituido, la crónica de Licitra se arma a partir de versiones múltiples. Quizás, o más bien a pesar de ello, la narradora propone en el “Prólogo” que su libro es periodismo y al mismo tiempo, literatura, un trabajo que “se pregunta sobre cómo se construye la memoria”: “Las mujeres que dieron su testimonio están unidas por la trama argumental –todas hablan de la misma historia–, pero tienen modos intransferibles, a veces contradictorios entre sí, de evocar los detalles” (Licitra 11-12). El valor testimonial del libro reside así en la construcción de un sentido de verdad entendido como una “totalidad no representacional” (Yúdice) que se dispersa en múltiples voces, imposibles de ser reducidas a una unicidad compacta y homogénea.⁵ Lejos de aseverar la exactitud de los hechos evocados, la autora califica a su relato como “imperfecto”, “resultado de las certezas, las trampas y la condición boscosa y dinámica de la memoria” (Licitra 12). Como ella misma consigna, la construcción de los acontecimientos desde afuera no es óbice de una narración que se pretende objetiva, sino que entrama un hecho como “alegoría de muchas cosas –de la libertad del cuerpo y de pensamiento, de la prepotencia de la juventud–” (Licitra 13) y, podríamos agregar, de la conformación de identidades individuales y colectivas en un proceso nunca terminado, que reproduce desiguales relaciones de poder.

El problema de las identidades femeninas en su relación con las organizaciones armadas revolucionarias devela las disimétricas relaciones de poder que subyacen en la construcción de subjetividades. María Eugenia Ibarra Melo, quien ha estudiado las transformaciones identitarias de las mujeres guerrilleras en Colombia, anota:

Cuando las mujeres entran en las filas de las organizaciones armadas infringen los imperativos asignados por la cultura patriarcal. Con su actuación cuestionan esa identidad integral, originaria y unificada y el proceso de sujeción a esas prácticas discursivas que les había dado una identificación, en el sentido que lo propone Hall (2003). Es decir, la identificación como una construcción, como un proceso nunca terminado, que es posible ganarlo o perderlo, sostenerlo o abandonarlo, un proceso de articulación, una sutura. Por lo tanto, la identidad no es esencial, sino estratégica y posicional. (74)

⁴ Todas las citas del libro corresponden a su primera edición, realizada en 2018 por la editorial Seix Barral.

⁵ Extrapolamos al análisis de la crónica una categoría utilizada por George Yúdice respecto del “testimonio popular concientizante”, que proyecta una “totalidad no representacional”, a diferencia del testimonio estatalmente institucionalizado, que opera en cambio mediante los mecanismos de homogeneización primero, y exclusión y demonización del diferente después. Yúdice distingue así entre una “totalidad representacional” y una “totalidad no representacional”. Mientras que la primera es propia de los *grands récits* de la modernidad, los que operan mediante la homogeneización del Otro, la segunda se identifica con la práctica popular concientizante: “(...) la concientización, como praxis, implica otras bases de comunicación e interpretación, es decir, un marco epistemológico que no oculta la desigualdad tras la universalidad formal” (209).

En la fuga de la cárcel de Cabildo a través de las cloacas, escape orquestado y llevado a cabo por las presas políticas en complicidad con hombres provenientes de afuera del penal, intervinieron no solamente mujeres de la guerrilla tupamara, sino algunas otras que se encontraban en movimientos armados disidentes (FARO, FRT, entre otros). Dentro de la cárcel regentada por monjas y guardias, las disidencias que las “compañeras” expresaban no eran solamente de índole ideológica o político-militar. Las había también respecto de la extracción de clase, y minoritariamente, respecto de la elección sexual. En la reconstrucción de la experiencia carcelaria realizada por la cronista, las escisiones entre las militantes se ponen en evidencia. La pertenencia genérica resulta intervenida por otros ejes de la identidad que marcan y transforman la experiencia personal.^{6 7} Los casos de Mirtha Fernández Pucurull, Xenia Itté y Chela Fontoura dan cuenta de una identidad femenina marcada por la conciencia y el origen de clase campesinos. El posicionamiento de sujeto que muestra Mirta en el penal, donde expresa desprecio y antipatía por las tupamaras de la dirección, es producto de una historia de vida en donde la orfandad y las carencias económicas resultan sustanciales en la constitución de la subjetividad femenina. Proveniente de una provincia uruguaya periférica y pobre, articulada en torno a la producción de caña de azúcar; huérfana de padre e hija de “una madre sufrida” y casada con un hombre golpeador, del que se divorció al poco tiempo de consumido el matrimonio, entra a mediados de los ‘60 al MLN liderado por Raúl Sendic, mientras estudia Historia e imparte clases. Relega, sin embargo, su función dentro del movimiento en pos del que por entonces es su compañero sentimental, Fernán Pucurull, a quien estima un militante más valioso que ella: “embarazada, daba clases en el liceo y sumaba plata limpiando casas de amigas” (Licitra 127). Según destaca la cronista, la decisión de Mirta está a tono con el lugar que el propio MLN y su líder en particular destina a las mujeres:

Raúl Sendic las consideraba «el reposo del guerrero». Y años después, en la cárcel de Punta Carretas, el Ñanto Fernández Huidobro confirmaría esa idea al escribir las Actas Tupamaras –una especie de manifiesto que marcaba los lineamientos del MLN– y explicar qué funciones eran mejores para las compañeras. Servían como enlace (...), servían como cobertura de locales («ella es la que hace que ese local permanezca igual a todas las demás casas que lo rodean. Las tareas de supuesta ama de casa le permiten

⁶ La noción de género que proponemos encuentra su sustento en los aportes de teóricas feministas como Teresa de Laurentis, quien retoma las nociones de “tecnología del sexo” y de “tecnología del yo” propuestas por Michel Foucault para dar cuenta de los modos de subjetivación en su vinculación con los modos de objetivación de nosotros mismos “en las relaciones que nos constituyen como sujetos actuando sobre los demás” y de nosotros mismos “en la relación ética por medio de la cual nos constituimos como sujetos de acción moral” (Morey 25). Si Foucault ve a la sexualidad como una construcción cultural, regulada por un conjunto de técnicas orientadas a maximizar la vida, la noción de “tecnologías del género”, que de Laurentis propone, retoma esta idea de la sexualidad como producto y proceso de construcción de representaciones, pero atendiendo tanto a las diferencias sociales sobre las que se ha erigido el concepto de género sexual, como a las categorías de “auto-representación” y de “experiencia”, ambas centrales para desmontar la división naturalizada de lo masculino y lo femenino. De acuerdo con Nelly Richard, la importancia de estas perspectivas teóricas para la crítica y los estudios culturales contemporáneos radica en que han permitido anudar las nociones de *subjetividad* y *poder* para “explorar los modos en que la identidad se trama a partir de construcciones imaginarias, de relaciones sociales y de simbolizaciones culturales en las que interviene segregativamente la jerarquía de género” (“Género” 97).

⁷ En relación con el concepto de “experiencia”, seguimos a Nelly Richard, quien apunta que la experiencia “no sería entonces la plenitud sustancial del dato biográfico-subjetivo que preexiste al lenguaje sino el *modo* y la *circunstancia* en las que el sujeto ensaya diferentes tácticas de identidad y sentido, reinterpretando y desplazando las normas culturales” (“Feminismo, experiencia y representación” 738-39. Cursivas de la autora), designaría “una zona políticamente diseñada a través de la cual rearticular procesos de actuación que doten a un sujeto de movilidad operatoria para producir identidad y diferencia como rasgos activos y variables” (739). Desde esta perspectiva, el lenguaje no se opone a la experiencia, pues ésta sólo puede ser comunicada nombrándola.

relacionarse con los vecinos y determinar en esa forma los posibles enemigos cercanos»); servían como integrantes de equipos de servicios y de acción («la mujer suele resultar un buen soldado»); y servían para la fraternidad política («...El toque femenino que menciona el Che en *La guerra de guerrillas* se da en distintos planos, sea en una comida que la mujer puede realizar con esmero y oportunidad; sea en el gesto fraterno que alivia las tensiones provocadas por la lucha [...]. Muchas veces su ternura y la de sus hijos llegan a integrar hondamente el mundo afectivo de aquellos con quienes convive»). (Licitra 90)

Tal como se consigna en ese documento, desde la perspectiva del MLN y desde la izquierda en general, las mujeres no servían para liderar el movimiento, aunque podían estar a la cabeza de “un comando de columna: la jefatura que está por debajo de la dirección. Hasta ahí habían accedido la Parda, Alicia Rey, Graciela Jorge y Élide Valdomir” (Licitra 90-91). Es justamente hacia esa dirección femenina que Mirta muestra su rechazo, pues desde la posición de esta última marcada por su procedencia territorial, mujeres como la Parda y Graciela Jorge representan la militancia urbana a la que estima “cómoda como un negocio de sillones” (Licitra 128). Situada en el lugar de la militante del campesinado, de la tierra, de la periferia,⁸ concibe a las actividades armadas en el penal (talleres, deporte, grupos de debate) como entretenimientos “tilingos” y por eso, decide no participar de los mismos. También rechaza lecturas teóricas como la de Sigmund Freud, a quien evalúa como “un desubicado que hablaba de las mujeres como «continente oscuro»” (Licitra 128). El antiintelectualismo que expresa Mirta, si bien atraviesa como estructura del sentir (Williams) a la izquierda radicalizada latinoamericana del período de *los sesentas*, se acentúa en una subjetividad militante identificada con la clase campesina y trabajadora de la periferia montevideana.

Según señalamos antes, las disidencias entre las mujeres de la cárcel de Cabildo también se ponen en evidencia en relación con las respectivas elecciones sexuales. Pertenecientes a una sociedad y a un movimiento conservador respecto del amor y sobre todo, de la sexualidad, las militantes expresan sus prejuicios hacia la homosexualidad, en concordancia con los tabúes propios de la época. De modo semejante a los códigos morales impuestos por la conducción de la guerrilla armada Montoneros en Argentina, también dentro del MLN, la homosexualidad era mal vista y condenada moralmente. Esto es más llamativo aún en el caso uruguayo, con un movimiento como el tupamaro cuyos miembros en su mayor parte eran ateos, lo que diferencia a estos de la composición idiosincrática de Montoneros, una organización con un fuerte componente católico. Así y todo, el MLN no acordaba con la práctica del amor libre, a la que consideraba como propia del universo burgués. En la ética revolucionaria a la que el movimiento adhería, tampoco había lugar para las prácticas homosexuales, lo que generaba una expulsión de aquellos miembros que las ejercían. De allí que la pareja de presas que en Cabildo cultivan prácticamente en secreto el lesbianismo es excluida por las mujeres de la dirección del MLN, al tiempo que observada por estas mismas con cierta desconfianza. Al advertir este hecho, Mirtha reflexiona:

⁸ “Salvo por Xenia, Chela y ella, el resto, pensó Mirtha, tenía la palabra fácil pero conocía poco el interior. Y estaba en cuadros más altos porque había aceptado ocupar el rol asignado para las mujeres en el movimiento: dar cobertura poniendo carita de buenas. Dejarse castigar y ningunear. Ser las sirvientas de la organización. Pasar al frente cuando eran pareja de un cuadro alto, y más al frente todavía si ese cuadro moría en combate” (Licitra 129). Nótese aquí la contradicción generada al interior de la subjetividad femenina de Mirtha, la que combate el posicionamiento de la mujer guerrillera en el movimiento, a pesar de que ella misma acepta un lugar subordinado dentro de la organización con el fin de beneficiar al hombre de la pareja militante.

Y se quedó dudando por el futuro de las compañeras. (...) no había credenciales que compensaran lo que se entendía como «desviación» dentro del movimiento. Tal vez por eso, silenciosamente, ellas se relacionaban más con las anarcas: el anarquismo hablaba del amor libre en términos amplios, y además ahí estaba América: no solo anarquista, sino también crítica y disidente del MLN. (Licitra 136)

La identificación de las mujeres con el proyecto revolucionario produce, como bien ha señalado Ibarra Melo, una nueva identidad colectiva: el sujeto revolucionario de la historia: “Una identidad que sólo puede construirse en relación con el Otro, en este caso, con lo que el revolucionario no es, con lo que justamente le falta, con lo que Derrida (1981), Laclau (2000) y Butler (2001) han denominado su afuera constitutivo” (74). La trayectoria vital de la ex tupamara América García da cuenta de este proceso de identificación positiva con un proceso de transformación sociopolítico cuyo corolario es el desplazamiento de otras representaciones identitarias posibles, como la maternidad. Así, la enunciación cronística advierte que tener hijos en el movimiento estaba explícitamente prohibido, pues la militancia en “una guerrilla urbana no era compatible con la maternidad o la paternidad” (Licitra 34). Reiterando su historia familiar, América tiene su primera hija muy joven, a los 17 años, y más tarde, tiene dos hijos más, todos junto a su compañero y también militante tupamaro Hébert Mejías Collazo. La ruptura en el itinerario de vida de América se produce cuando el MLN pasa a la clandestinidad, pues siendo madre de una beba tiene que dejarla en manos de dos amigos y solo después de transcurridos 8 años, se reencuentra con su hija. Según expone la narradora, esto hunde a la militante en “una dimensión estática y oscura” (Licitra 33), lo que parece anudarse con su decisión política de salirse del MLN y pasarse al OPR, el movimiento anarquista. Aquí, como en el caso de la Parda, una de las mujeres tupamaras con una cierta jerarquía dentro del MLN, la disposición de apartarse de la organización obedeció a las críticas que como militante dirigía a la excesiva militarización y espectacularización del movimiento. Pese a que tanto la Parda como América eran conscientes del lugar subalterno que en tanto mujeres ocupaban en el orden organizacional, no se disponían a dar la lucha por las reivindicaciones de género. Posicionadas como sujetos revolucionarios, entendían que debían renunciar a la batalla por la igualdad de género en pos del imperativo categórico de transformación sociopolítica:

Salvo por Aleksandra Kolontái (...), Nadia Krúpskaya (...), o Rosa Luxemburgo, alta figura del marxismo que igual había terminado a la sombra de Karl Liebknecht, del PC alemán; salvo por ellas y por las mujeres de la Guerra Civil española, pensó la Parda, en la izquierda no había margen para la igualdad de género porque en la sociedad entera ni siquiera se mencionaba la palabra “género”. Una vez, para que le permitieran hablar en una discusión, la Parda había tomado un carbón y se había pintado en broma –y no tanto– bigotes. Pero ya no tenía resto para reivindicaciones ingeniosas y se abocó a hacer lo único que le funcionaba en esos casos: ponerse insufrible hasta que le dieran la reunión. (Licitra 91)

Los relatos de las ex tupamaras en el presente dan lugar a la autocrítica, algo que estaba vedado en momentos de acción guerrillera. La posibilidad de disenso ideológico o de reparo por parte de las y los militantes respecto del modo de operar del movimiento estaba, como se sabe, prácticamente prohibido. La narración elaborada por Licitra a partir de los testimonios de las mujeres protagonistas de la Operación Estrella da cuenta de las grietas existentes dentro de la organización armada, lo que pone en cuestión, según se señaló antes, el relato de la mítica heroica construido en torno al MLN. En el caso de las militantes, la heroicidad constituyente del sujeto revolucionario devino en un rasgo identitario excluyente y clausuró, al mismo tiempo,

otras posibilidades de identificación del sujeto mujer. Esto es lo que la crónica parece impugnar desde su enunciación. Vehiculiza en concordancia con ello un interrogante incómodo e inquietante: “¿Era eso –el encierro, la cercanía de la muerte– el precio a pagar por una existencia heroica? Edda Fabbri, una de las últimas en llegar a la cárcel y en enterarse de que estaban por irse, se lo preguntó los pocos días que pasó en el encierro. Y se lo preguntaría la vida entera (Licitra 152).

El derrotero de vida de la tupamara Yessie Arlette Macchi, una mujer proveniente de la clase alta montevideana, hija de un coronel y con una infancia transcurrida en gran parte en EE.UU., induce a la autocrítica por parte de las ex militantes que en el presente reconstruyen los episodios de la fuga. Yessie se había incorporado al MLN en 1966 e inmediatamente, había iniciado una relación amorosa con una de las figuras masculinas más reconocidas del movimiento, Pepe Mujica, quien, como se sabe, décadas más tarde se convertiría en presidente de Uruguay. Para poder ser tomada en serio por los militantes tupamaros, Yessie tuvo que pasar por varias pruebas, pues sus compañeros desconfiaban de ella debido a su proveniencia de clase y a algunos gestos que aquellos asociaban con la ideología pequeñoburguesa.⁹ Aunque su autoridad fue creciendo dentro la agrupación, la decisión de Yessie de no renunciar a algunas prerrogativas o más bien derechos que, en tanto sujeto mujer, ella concebía para sí tuvo consecuencias perniciosas para su vida, y sobre todo, para su salud mental y física. Como otras de las estrellas, Yessie ejercía la militancia en la clandestinidad hasta que entró en la cárcel de Cabildo y participó de la fuga. El relato construido por la cronista en torno de la figura de esta militante no termina, sin embargo, con el episodio de la fuga y justamente allí reside el interés del retrato acerca de la tupamara delineado hacia el final del libro. A partir de los testimonios de las ex compañeras de cautiverio de la militante –ya que al momento de la realización de la investigación, Yessie había muerto–, la narradora indaga en su historia y la pone en diálogo con una de las dimensiones problemáticas en la constitución de la identidad femenina tupamara: la maternidad. Con posterioridad a la Operación Estrella, Yessie, como la mayor parte de las participantes en esa maniobra de escape, vuelve a caer presa en 1972, esta vez en Punta de Rieles bajo condiciones de tortura y de abusos sexuales. Habiendo pasado por tribunales morales –simbólicos– dentro del MLN, llega destrozada al penal, según las declaraciones de Edda Fabbri proporcionadas a Licitra en 2016. Debido a los golpes ejercidos por la policía en el momento de su detención, perdió un embarazo de tres meses. Estando sin embargo en Punta de Rieles, se aferró firmemente a la decisión de embarazarse nuevamente, y en uno de los penales por los que transcurrió posteriormente, cumplimentó su deseo como producto de la relación entablada con el tupamaro Mario Soto, un obrero recluido junto a Yessie en La Paloma.

A la luz del presente, la decisión encarada por Yessie de ser madre, una disposición que aparejó la posibilidad por parte de esta militante de legislar sobre su identidad y sobre su cuerpo, puede ser interpretada como un gesto de rebeldía frente al control de la identidad femenina ejercido por la dirección masculina del MLN. Sin embargo, en el pasado, no solo aparejó la reprobación de los dirigentes masculinos de la organización, sino también, la mirada admonitoria de sus compañeras, que según explica la cronista, “vieron en la maternidad de Yessie un reflejo invertido de sus propias carencias, del hijo que nunca llegarían a tener” (Licitra 183).¹⁰ Las voces tanto de la Parda como de Edda Fabbri, a quienes Licitra entrevista

⁹ Al respecto de este aspecto, la cronista reconstruye un episodio particularmente significativo: “Pepe sería su primera relación amorosa seria dentro de la militancia. Y sería también su primer objeto: Pepe le reprochaba las minifaldas porque decía que eran de pequeñoburguesa. Pero Yessie las usaba igual. Eran su ropa de secretaria y le gustaban” (Licitra 161).

¹⁰ “Yessie llegó con una beba en brazos. Paloma. Y quedó bajo los ojos de decenas de mujeres que habían entregado su edad fértil a un movimiento que había desaconsejado abiertamente la maternidad. Algunas habían abortado

para el libro, acuerdan con la idea de que el desmedido castigo proporcionado a Yessie en su momento por las otras militantes, aparejó para la tupamara, un sentido de vacío tal que esta nunca logró sobreponerse: “Yessie murió de un cáncer profundizado por problemas de depresión y alcoholismo que, para algunos, podrían haber tenido el origen en esta historia” (Licitra 184).

Más allá que la narración de *38 estrellas* se cierra con la amarga historia de Yessie, así como con el relato de las rupturas generadas entre las diferentes militantes femeninas, podemos establecer que la crónica de Licitra lejos está de reivindicar un tono de derrota. Si el relato interpela a las identidades femeninas construidas a la luz del movimiento revolucionario uruguayo sesentista, no es con el fin de invalidarlas, sino justamente, tal como la propia cronista apunta, de “mostrar los matices de un relato –el de la militancia femenina– que todavía se está escribiendo” (Licitra 180). Y también para reparar lo que la autora concibe como una injusticia: la desaparición del episodio de la fuga dentro de la épica militante del MLN y del relato público. Exorcizar el pasado revolucionario, pasándole un cepillo a contrapelo, es el modo de reivindicar un presente al que habría sido imposible arribar sin la presencia de esa militancia y sobre todo, de la militancia femenina conformada por mujeres que cometieron aciertos tanto como errores.

Obras citadas

- Angulo Egea, María. “Voces femeninas en el *Periodismo literario*: ironía, honestidad y transgresión.” *Periodismo literario*, Coordinado por María Angulo Egea y Jorge Miguel Rodríguez Rodríguez. Fragua, 2010, pp. 159-186.
- De Laurentis, Teresa. “La tecnología del género.” *Mora. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer* 2, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1996, pp. 6-34.
- Ibarra Melo, María Eugenia. “Guerrilleras y activistas por la paz en Colombia: incursión política y rupturas identitarias.” *Pensamiento Psicológico*, 4, 11, 2018, pp. 65-84, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3091190>.
- Licitra, Josefina. *38 estrellas. La mayor fuga de la cárcel de mujeres de la historia*. Seix Barral, 2018.
- Morey, Miguel. “Introducción. La cuestión del método.” *Tecnologías del yo*, de Michel Foucault, Paidós-ICE, UAB, 1990, pp. 9-44.
- Richard, Nelly. “Feminismo, experiencia y representación.” *Revista Iberoamericana*, LXII, 176-177, julio-diciembre de 1996, pp. 733-744.
- _____. “Género.” *Términos críticos de sociología de la cultura*, dirigido por Carlos Altamirano, Paidós, 2002, pp. 95-101.
- Yúdice, George. “Testimonio y concientización.” *Revista de crítica latinoamericana*, 36, año XVIII, segundo semestre de 1992, pp. 207-227.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Península, 1980.

varias veces, esperando que llegara el momento adecuado para tener un hijo. Otras habían entrado en la menopausia en el encierro. Otras habían dejado de menstruar por los nervios, la mala alimentación o las golpizas. Y muchas vivieron el embarazo de Yessie como una doble traición” (Licitra 183).